

# La prosa de César Vallejo

Sabido es que la obra de un escritor es una sola y que de principio a fin suelen verse en ella líneas uniformes y recurrentes, ya sea en temas o estilos, en medio de la maraña de su vida, de sus deseos y logros, de sus intenciones visibles y del río oscuro de sus fuerzas inconscientes.

Se acepta asimismo que, si bien la obra es una sola, hay preferencias (sobre todo formales, de géneros) que perfilan a un escritor, por ejemplo, mayormente como poeta, dejando el resto de su producción en un segundo plano complementario, adicional e ilustrativo. Así puede pasar con T. S. Eliot, cuya obra poética, primordial en él, engloba inclusive el género teatral, dejando atrás su condición de crítico y ensayista. Al revés, en D. H. Lawrence, lo primordial es el género narrativo y *el resto* son sus libros de poesía, sus ensayos, crónicas y cartas.

Quizá lo mejor sería ver la obra literaria como una nave cuya proa indica una dirección principal, que arrastra consigo y dirige el resto del barco en un viaje fascinante a través de la vida y la época del escritor. Tratándose de César Vallejo, su poesía ciertamente va por delante, rompiendo como una proa las dificultades y escollos literarios tradicionales, contra los cuales luchó siempre, pero con ella avanzan también, en la misma dirección y con la misma fuerza, las piezas teatrales, los cuentos y novelas, las crónicas y ensayos, en resumen, su *obra en prosa*.

La singular y admirable poesía de Vallejo es, en cuanto a volumen e intencionalidad, sólo una pequeña parte de una obra cuya dirección principal se encamina a transformar a fondo el género poético y la sensibilidad del lector de entreguerras. Vallejo deseaba sin duda revolucionar el poema en lengua española, pero también abrirle al lector los ojos ante una realidad móvil, cambiante, que ya giraba en torno del arte de las vanguardias y de las consecuencias de la revolución de octubre de 1917. Por ello, tanto en poesía como en prosa, su interés será el mismo, expresar su poderosa y compleja intimidad como un artista que vive a plenitud una época histórica dada. Y en esa tarea, en poesía y en prosa, veremos que evoluciona desde lo que Américo Ferrari llama «formas de expresión torturadas y descoyuntadas», hasta otros textos donde es clara «una voluntad de simplicidad y de economía que excluye todo lo que pueda disfrazar o distorsionar la expresión directa de la emoción».<sup>1</sup>

Desde 1923 hasta su muerte en 1938, Vallejo sólo publicó cinco poemas, ya que había fracasado su intento, entre 1935 y 1936, de asegurar la aparición en España de un tomo de poesías que posiblemente hubiera reunido toda su producción posterior

<sup>1</sup> Américo Ferrari, *Introducción a César Vallejo*, Obra poética completa (Madrid: Alianza Editorial, 1986), p. 35.

a *Trilce*. En cambio, en prosa, luego de *Escalas melografiadas* y *Fabla salvaje*, ambos libros de 1923, aparecieron en Lima, en la revista *Amauta*, el cuento «Sabiduría» (1927), y en Madrid la novela *El Tungsteno* (1931) y el ensayo *Rusia en 1931*, impreso el mismo año. Además, desde 1923 también, Vallejo envió numerosas crónicas a revistas y periódicos peruanos, que, primero editadas fragmentariamente y luego ordenadas por Jorge Puccinelli en 1987, con el título de *César Vallejo desde Europa*, revelan valiosa e ilustrativamente sus lecturas, gustos e ideas artísticas y políticas. Y en cuanto a otras publicaciones en prosa, luego de su muerte, ahí están el cuento «Paco Yunque» (escrito inmediatamente después de *El tungsteno*, según Georgette de Vallejo, pero publicado en Lima, en 1951); la novela *Hacia el reino de los Sciris* (1944), y cuatro cuentos que se publicaron por vez primera en 1967 y que integran el volumen *Novelas y cuentos completos*, aparecido en Lima el mismo año.<sup>2</sup>

Como se ve, la producción de textos en prosa, con *intencionalidad artística*, ha sido constante en Vallejo. Por necesidad de apegarme sólo a ese tema, no me referiré aquí a su obra teatral —género distinto— y tampoco a sus crónicas y ensayos, donde lo más importante es el tema y no las formas artísticas del lenguaje, ni, digamos, la sensualidad verbal. En resumen, pues, tocaré solamente sus estampas, cuentos, novelas y poemas en prosa, de un modo breve y fugaz, propio de una introducción al estudio de la prosa artística vallejana, asunto que en verdad precisa de muchos voluntarios.

El primer libro, las *Escalas melografiadas* (Lima, 1923), se halla simétricamente formado por seis estampas poéticas en prosa (reunidas con el subtítulo común de «Cuneiformes») y por seis cuentos (bajo el epígrafe de «Coro de vientos»), en un temprano ejemplo de que el autor sabía muy bien cuáles eran la estructura y los límites de cada género. El primer grupo está recorrido por la trágica experiencia de Vallejo en la cárcel y el segundo por la intención deliberada de escribir cuentos con prosa lírica y barroca, así el resultado sea claramente un injerto. Las estampas de «Cuneiformes» se ofrecen en un lenguaje que, habiendo renunciado a la «expresión directa de la emoción», revela fácilmente el deseo del autor de mostrarse cultista, artificioso, aun devoto de arcaísmos, pero también de algunas pocas formas del lenguaje peruano-serrano, y todo en una atmósfera barroca y muchas veces de excesivo adorno. Ese impulso intelectual y trabajoso oscurece, enreda y deforma el estilo todavía sencillo y sin matices del escritor en agraz. Porque Vallejo será un consumado poeta en *Trilce*, pero en prosa se le ve todavía haciéndose; hay conceptos y temas que él deja en el misterio, no porque vivan necesariamente en él, sino porque el escritor prefiere juzgarlos misteriosos, vistos *desde* la poesía y con una intención poética y no narrativa, como cuando trata, por ejemplo, los temas del criminal y de la justicia:

El hombre que ignora a qué temperatura, con qué suficiencia acaba un algo y empieza otro algo; que ignora desde qué matiz el blanco ya es blanco y hasta dónde; que no sabe ni sabrá jamás qué hora empezamos a vivir, qué hora empezamos a morir, cuándo lloramos, cuándo reímos, dónde el sonido limita con la forma en los labios que dicen: *yo...* no alcanzará, no puede alcanzar a saber hasta qué grado de verdad un hecho calificado de criminal *es* criminal. El hombre que ignora a qué hora el 1 acaba de ser 1 y empieza a ser 2, que hasta dentro de la exactitud

<sup>2</sup> César Vallejo, *Novelas y cuentos completos* (Lima: Francisco Moncloa Editores, 1967). Citaré siempre los textos de esta edición.

matemática carece de la inconquistable plenitud de la sabiduría ¿cómo podrá nunca alcanzar a fijar el sustantivo momento delincuente de un hecho, a través de una urdimbre de motivos de destino, dentro del gran engranaje de fuerzas que mueven a seres y cosas enfrente de cosas y seres?

La justicia no es función humana. No puede serlo. La justicia opera tácitamente, más adentro de todos los adentros, de los tribunales y de las prisiones. La justicia ¡oídllo bien, hombres de todas latitudes! se ejerce en subterránea armonía, al otro lado de los sentidos, de los columpios cerebrales y de los mercados. ¡Aguzad mejor el corazón! La justicia pasa por debajo de toda superficie y detrás de todas las espaldas. Prestad más sutiles oídos a su fatal redoble, y percibiréis un platillo vigoroso y único que, a poderío de amor, se plasma en dos; su platillo vago e incierto, como es incierto y vago el paso del delito mismo o de lo que se llama delito por los hombres.<sup>3</sup>

Sin embargo, esta prosa barroca y envuelta en sí misma es muy capaz de alcanzar efectos dramáticos, cuando a un tema oscuro y aun vedado (el incesto, en «Muro antártico») corresponde, mejor que en el caso anterior, un lenguaje lírico, propio de un amor imposible; entonces el autor nos impresiona más que cuando arañaba el árido concepto de la justicia:

¿Por qué con mi hermana? ¿Por qué con ella, que a esta hora estará seguramente durmiendo en apacible e inocente sosiego? ¿Por qué, pues, precisamente con ella?

Me revuelvo en el lecho. Rebullen en la sombra perspectivas extrañas, borrosos fantasmas; oigo que empieza a llover.

¿Por qué con mi hermana? Creo que tengo fiebre. Sufro.

Ahora oigo mi propia respiración que choca, sube y baja rasguñando la almohada. ¿Es mi respiración? Un aliento cartilaginoso de invisible moribundo parece mezclarse a mi aliento, descolgándose acaso de un sistema pulmonar de Soles y trasegándose luego sudoroso en las primeras porosidades de la tierra... ¿Y aquel anciano (preso)<sup>4</sup> que de súbito deja de clamar? ¿Qué va a hacer? ¡Ah! Diríjese hacia un franciscano joven que se yergue, hinchadas las rodillas imperiales en el fondo de un crepúsculo, como a los pies de ruinoso altar mayor; va a él, y arranca con airado ademán el manto de amplio corte cardenalicio que vestía el sacerdote... Vuelvo la cara. ¡Ah, inmenso palpitante cono de sombra, en cuyo lejano vértice nebuloso resplandece, último lindero, una mujer desnuda en carne viva...!

¡Oh, mujer! Deja que nos amemos a toda totalidad. Deja que nos abracemos en todos los crisoles. Deja que nos lavemos en todas las tempestades. Deja que nos unamos en alma y cuerpo. Deja que nos amemos absolutamente, a toda muerte.

¡Oh carne de mis carnes y hueso de mis huesos! ¿Te acuerdas de aquellos deseos en botón, de aquellas ansias vendadas de nuestros ocho años? Acuérdate de aquella mañana vernal, de sol y salvaje de sierra, cuando, habiendo jugado tanto la noche anterior, y quedándonos dormidos los dos en un mismo lecho, despertamos abrazados, y, luego de advertirnos a solas, nos dimos un beso desnudo en todo el cogollo de nuestros labios vírgenes; acuérdate que allí nuestras carnes atrajéronse, restregándose duramente y a ciegas; y acuérdate también que ambos seguimos después siendo buenos y puros con pureza intangible de animales... Uno mismo el cabo de nuestra partida; uno mismo el ecuador albino de nuestra travesía, tú adelante, yo más tarde. Ambos nos hemos querido ¿no recuerdas? cuando aún el minuto no se había hecho vida para nosotros; ambos luego en el mundo hemos venido a reconocernos como dos amantes después de oscura ausencia.

¡Oh Soberana! Lava tus pupilas verdaderas del polvo de los recodos del camino que las cubre y, cegándolas, tergiversa tus sesgos sustanciales. ¡Y sube arriba, más arriba, todavía! ¡Sé toda

<sup>3</sup> Cuneiformes, «Muro noroeste», Novelas y cuentos completos, pp. 12-13.

<sup>4</sup> La palabra (preso), entre paréntesis, está añadida por mí.